

«¿Qué me decís? le repliqué, ¿con vuestro hermano el gran M'Kamma Kamrasi? Si no sois el mismo Kamrasi, ¿quién sois, pues?—¿Quién soy? me contestó riéndose, ¡donosa ocurrencia! ¿Quién soy? Soy M'Gambi, el hermano de Kamrasi; el hermano menor; pero él es el rey.

Así, por espacio de tres meses fuí el juguete de aquellos diplomáticos salvajes. Yo no había visto al verdadero rey, á quien su cobardía había sustraído á mi vista, y el cómplice de esta villana farsa me lo confesaba todo con el mayor descaro y con la mas impudente sangre fría.

Traté á M'Gambi con todo el desprecio que merecía, y me negué á dar un solo paso para ver á Kamrasi, pues no quería esponerme á ser objeto de una nueva falsía. Al fin, despues de tres dias de negociaciones, apoyadas por M'Gambi, con repetidos envíos de frutas, cereales, cerveza del pais, aves, y sobre todo de vacas cebadas, me dejé trasladar cerca del rey. Vestido de montañés escocés de Athol, lo que escitó la admiración de la multitud, me senté como el monarca, en un taburete que había hecho llevar, mientras M'Gambi tomaba asiento en el suelo, y los cortesanos se acercaban á su soberano, especie de estatua de bronce de torva mirada, arrastrándose hasta el punto de tocar la tierra con la frente. Mucho me molestó con sus peticiones, y concluí por decirle que su conducta no era la de un rey, sino la de un mendigo, y con esto terminó nuestra entrevista.

En Kisuna me construí una cómoda cabaña, con una *rabuka* ó tinglado para ponerme á cubierto del calor del dia; lo rodeé con una buena empalizada, y poco á poco fuí recobrando mis fuerzas.

El banano satisface las necesidades de la mayor parte de los habitantes del Unyoro. Los bananos, preparados de diferentes maneras, sirven de bebida y de alimento, pues dan una excelente harina. Las fibras de este árbol retorcidas se usan para hacer hilo y cuerdas que sirven para coser los vestidos fabricados con la corteza de la higuera, y para hacer además sedales de pesca, sacos y esteras. La leche cuajada, convertida en crema y luego salada, forma una sustancia muy nutritiva. Los mercaderes venden también manteca, café, sal, tabaco y hierros de lanza, que se pagan con artículos de los cuales los mas estimados son el ópalo y la porcelana roja, pues tienen las cuentas de porcelana casi en tanta estima como nosotros las piedras preciosas.

Kamrasi se decidió al fin á devolverme la visita que le había hecho, y con este motivo me dijo que sus antepasados habían reinado en todo el Kituara, es decir, en la region limitada al Este por el lago Victoria, al Oeste el lago Alberto, y al Norte el curso del Nilo entre ambos lagos. Allí se encuentran, por el lado de Victoria, el Uganda, y por el del Alberto, cami-

nando de Norte á Sur, el Chopi, el Unyoro y el Otumbi. En vida de Cherribambi, abuelo de Kamrasi, fue cuando el Otumbi, despues de hacerse independiente, conquistó el Uganda, donde á la sazón reinaba M'Tesa. El Chopi es la region bañada por el Somerset, y de la cual trataban entonces de apoderarse Rionga y Fowuka.

De nuevo me fue preciso rehusar á Kamrasi la mayor parte de sus importunas exigencias, y sobre todo la de hacer la guerra á sus enemigos, á quienes queria exterminar por completo. Marchóse, pues, muy enojado, y desde entonces cesó de enviarme provisiones.

Mas, hé aquí que una noche, despues de un dia invertido en poner mi diario y mis mapas al corriente, y en escribir á mis amigos de Inglaterra, como si en las intermediaciones tuviera á mi disposición una oficina de correos, me ví despertado de mi primer sueño por un estrépito espantoso: sonaban centenas de *nogaras* (tambores indígenas); otras tantas discordes cornetas hacían oír sus ágrios sonidos, y los naturales ahullaban en todas direcciones. Saltando atropelladamente de mi cama, tomé mi carabina y corrí á la población, que encontré llena de genta armada, con la barba cubierta con colas de buey, que bailaban y se agitaban terriblemente, cubriéndose con sus escudos y amenazando con sus azagayas á un enemigo imaginario. Por Bachita supe que la banda de Fowuka, engrosada con 150 hombres, pertenecientes al traficante Debono, acababa de atravesar el Nilo á tres horas de marcha de Kisuna, con el formal propósito de atacar y matar á Kamrasi. El héroe M'Gambi, cuya cabaña se hallaba próxima á la mia, vino inmediatamente á confirmarme estas noticias; estaba muy alarmado, y queria ver lo mas pronto posible al rey su hermano, para aconsejarle que huyese al punto á todo correr.

Trabajo me costó convencerle de la inutilidad de esta medida, y de los servicios reales que en tales momentos podia prestar á Kamrasi, si queria venir á verme á la mañana siguiente.

Apenas había salido el sol, cuando el rey, despues de todo ceremonial, entró en mi cabaña. No era ya aquel monarca de teatro, á quien yo había visto esponjarse envuelto en los pliegues de un magnífico manto de pieles finas; no se adornaba entonces sino con una casaca corta de lana azul, regalo del capitán Speke, y una ligera banda. Mucho me divertieron el temblor que le agitaba, y el extraño cambio de su traje, y le felicité por el oportuno corte de su vestido, mucho mas propio para el *combate* que el largo y molesto manto real.—«¡El combate! exclamó poseído de profundo horror; ¡yo no quiero combatir! al contrario: me he vestido ligeramente para correr con mas holgura. Únicamente pienso en huir. ¿Quién

puede pensar en combatir contra fusiles? ¡El enemigo tiene 150! Huid conmigo, pues nada podemos contra ellos; solo teneis 13 hombres á vuestro servicio, Eddris no tiene sino 10; ¿qué pueden 23 contra 150? Liad vuestros efectos y huid, que en los espesos matorrales de los pantanos hallaremos seguro asilo: el enemigo puede presentarse de un momento á otro.

Nunca había visto á un hombre descender tanto en la abyección del miedo. No pude menos de reirme á las barbas de aquel cobarde, representante de un reino populoso. No obstante, mandé izar el pabellón inglés en la estremidad de un palo levantado en el recinto de mi campamento, y despues de contemplarlo durante un rato con emoción, porque hay algo que fortalece el corazón en la vista del emblema de la patria, aun cuando ondea á millares de leguas de la tierra natal, me volví á Kamrasi, y le aseguré que en lo sucesivo su persona y sus Estados se hallarian bajo la protección de aquella bandera, que representaba la Inglaterra, y añadí que mientras se fiase de mi palabra, aunque me había negado á unirme á él para atacar á Fowuka, encontraría en mí un fiel aliado, pronto á defenderle contra toda agresión. Terminé pidiéndole provisiones por mi cuenta, y guías seguros que llevasen una comunicación que iba á dirigir al teniente de Debono.

En la tarde del dia siguiente ví llegar á mis mensajeros, que me traían 10 hombres de Debono, á las órdenes de un *chush* ó sargento, los que venían á cerciorarse de que yo estaba realmente en el pais, pues habían corrido rumores durante muchos meses de que mi mujer y yo habíamos perecido en las orillas del gran lago. Esta idea cuadraba tan perfectamente á sus intereses, que al pronto tomaron á mis enviados por unos emisarios de la banda rival acudillada por Ibrahim, que abusaba de mi nombre para explotar los estados de Kamrasi; y no cambiaron de opinión sino á la vista de la bandera inglesa, y de mi humilde individuo, sentado á su sombra.

Introducidos en mi campo, se sentaron en corro en mi rededor. Preguntéles con tono de autoridad cómo se habían atrevido á atacar un pais colocado bajo la protección del pabellón británico, y les declaré que perteneciéndome el Unyoro por derecho de descubrimiento, había concedido á Ibrahim el privilegio esclusivo de traficar en él, á condicion de no hacer cosa contraria á la voluntad del rey Kamrasi, cuyo huésped era yo en aquellos momentos; y que no podía ver en la brusca invasión del pais por unos súbditos turcos, aliados de una tribu hostil, sino un insulto al pabellón inglés. Añadí que no solo rechazaría por medio de la fuerza todo ataque contra Kamrasi, sino que á mi regreso á Khartum dirigiría una relación del hecho á las autoridades turcas, y que si un

solo natural del Unyoro había sido muerto, herido ó reducido á esclavitud, Mohamed-Ouat-el-Mek, su jefe, sería irremisiblemente ahorcado.

Por excusa de su conducta alegaron la ignorancia en que habían estado de mi presencia en el pais, así como de los usos y costumbres del comercio del Nilo Blanco, que autorizan á los traficantes á intervenir en las discordias intestinas de los pueblos de aquella desgraciada region, para saquearlos y esclavizarlos. Espuestas en términos tan atentos para mí como insolentes para M'Gambi, que, presente al principio de la entrevista, concluyó por ausentarse prudentemente, tales excusas no podían satisfacerme. Entregué, pues, al orador de la banda una carta para su jefe Mohamed, en la que participaba á este que á partir del recibo de mi comunicación, le concedía doce horas para evacuar el territorio del Unyoro, con toda su gente y sus aliados.

Arreglado este asunto, hice matar un carnero para la cena de los embajadores.

Aquella gente traía dos asnos; y al dia siguiente en el momento de su partida muchos indígenas invadieron el sitio en que dichos animales habían pasado la noche, á fin de recoger con el mayor cuidado los restos evidentes de su permanencia. La posesión de estas preciosas reliquias ocasionó un conflicto entre los numerosos pretendientes, una verdadera lucha acompañada de desaforados gritos. Los asnos, que ya se alejaban, se creyeron obligados á tomar parte en tan extraño concierto, y lanzaron al aire tan estrepitosas y oportunas notas, que la multitud, alarmada por la tonalidad salvaje de aquellas voces desconocidas, se dispersó mas rápidamente de lo que se había reunido. Supe entonces que el escremento del asno, aplicado sobre la epidermis humana, es considerado en todo el Unyoro como un remedio infalible contra los dolores reumáticos, y que este singular específico constituye allí un objeto de importación muy apreciado; trasportase de un lejano pais situado al Este, donde la raza asnal goza de gran prosperidad.

El rey, dominado por un supersticioso respeto al pabellón inglés, quiso comprármelo, á lo cual le contesté que aquella bandera solo tenía valor para los que sabían defenderla. Enviéme entonces 20 colmillos de elefante, que mandé entregar inmediatamente á la gente de Ibrahim, y al dia siguiente recibieron gran cantidad de ellos, que les trajo el ejército de Kamrasi.

Eddris y sus diez árabes no tardaron en contribuir á una expedición en la que Kamrasi arruinó el poder de Fowuka, y se llevó las hijas de Rionga con un millar de esclavos.

Y no obstante, aquel rey era un miserable, tan cobarde como cruel.

En efecto, trascurridos algunos dias supe por

M'Gambi que M'Tesa, rey de Uganda, á la cabeza de sus M'ouas, despues de pasar el Kafur y de derrotar á M'Rouli, marchaba sobre Kisuma. Segun Bachita, la causa de esta incursion era que M'Tesa, persuadido de que Kamrasi nos retenia por fuerza para impedir que le llevásemos regalos, queria libranos y conducirnos á su residencia. Imposible me fue recabar de Kamrasi que se defendiese: el cobarde incendió su campamento y apeló á la fuga sin dignarse mirarme, pretendiendo que yo me mantuviese á su retaguardia para proteger su retirada, y dejándome hasta sin provisiones.

Declaré, pues, á M'Gambi que si no me suministraba víveres, lejos de hacer fuego contra los M'ouas, me aliaría con ellos; y M'Gambi asustado, me los proporcionó aquella misma noche.

Al dia siguiente abandoné mi campamento de Kisuma, y despues de una molesta jornada por un terreno desprovisto de agua potable, vivaqué en Deang, donde todos mis conductores desertaron, dejándome casi sin municiones.

Al cabo de dos dias, la proximidad de los M'ouas nos obligó á abandonar los bagajes y á ponernos en marcha durante la noche, mi mujer y yo, á pesar de nuestro cansancio. Llegamos á Fowera en el momento en que aquella se desvanecía, rendida por la estenuacion. Por fortuna los árabes de Eddriz se hallaban presentes, y pudimos al fin dejar nuestros vestidos, empapados por la lluvia. Establecí un punto fortificado mientras que los M'ouas saqueaban á su placer el pais y hacian esclavos á los habitantes que caian en sus manos, y no se retiraron sino cuando supieron que Ibrahim habia llegado á Karuma, llevando á sus órdenes respetables fuerzas.

En efecto, el 20 de setiembre Ibrahim entraba en Fowera, trayéndome miel, arroz, café, el correo de Inglaterra, géneros de percal pintado para mi mujer y paños para mí. Asombrado ante el buen éxito de nuestro viaje, no lo estaba menos al ver la miseria que nos rodeaba. Cuando recibió la nueva provision de marfil que Kamrasi le hizo entregar, y la unió á la que Eddriz habia enterrado durante la incursion de los M'ouas, apenas podia dar crédito á sus propios ojos. Esta era una fortuna que yo le habia procurado, y mis compromisos respecto de él estaban cumplidos con exceso. Dos expediciones que luego hice como auxiliar de Kamrasi contra el Longgo aumentaron sus riquezas; valiéndole gran número de prisioneros y 60 inmensos colmillos de elefantes.

El abominable Kamrasi se aprovechó de la fuerza que le daba la presencia de los turcos, convertidos, á causa de su riqueza en marfil, sus auxiliares tan adictos como poco escrupulosos en cuanto á hacer ejecutar sus venganzas. Considerábase como el único dueña del pais; bienes muebles é inmuebles, per-

sonas y rebaños, todo le pertenecia, y su liberalidad consistia en despojar á unos para enriquecer á otros. Los que se quejaban eran condenados á muerte. Un vasto sistema de espionaje, establecido en todas partes y contra todos, y apoyado por un cuerpo de 500 hombres, á quienes todo era permitido sin restriccion alguna, con tal que ejecutasen sus órdenes, fuesen cuales fueren: tales eran la ciencia práctica y la base del gobierno de aquel déspota africano, cuya tiranía estaba apoyada por lo demás por la pusilanimidad de los naturales, degradados por muchos siglos de opresion, y por la division del Unyoro en pequeños distritos, cada uno de los cuales está gobernado por un jefe responsable de los actos que bajo su jurisdiccion se cometen.

Sin su cobardía, el déspota africano hubiera podido fácilmente, apoyado por Ibrahim, restaurar la antigua grandeza del reino de Kituera; pero Kamrasi el feroz nunca será Kamrasi el conquistador.

Habia llegado por fin el momento de alejarme de aquel bárbaro pais, y nuestros preparativos estaban terminados. Kamrasi habia dado á Ibrahim 700 conductores: ¡tan grande era la cantidad de marfil que habia allegado el teniente de Curchid!

La víspera de nuestra marcha, Kamrasi, á quien Ibrahim dejó 30 de los suyos para que le protegiesen, vino á despedirse de nosotros, y no se avergonzó de volver á pedirme mi carabina, mi brújula y mi reloj, que, segun él, yo le habia prometido, siendo así que siempre me habia negado á dárselos; y en verdad que no era llegado el momento de ceder á impertinencias de que por último iba á verme libre, y que son la ruina de los viajeros en Africa.

VIII.

Viaje de regreso.

El 16 de noviembre de 1864 empleamos todo el dia en hacer pasar el Somerset por encima de las cataratas de Karuma, á los 800 hombres de que se componia nuestra caravana, y emprendimos definitivamente nuestro regreso á Inglaterra.

Al amanecer del 17 nos pusimos en marcha; al dia siguiente salimos del bosque bañado por el Somerset y entramos en las vastas praderas que se desecaban á medida que avanzábamos hácia el Norte, porque las lluvias, casi diarias en el Unyoro, se hacian cada vez mas raras al acercarse á Madi. Encaramado en la cima de unas alturas, divisaba en el horizonte el perfil de las montañas que, partiendo del lago Alberto, se estendian á lo largo de la orilla izquierda del valle del Nilo. Acaso, si de ellas no hubiera tenido noticia, hubiesen pasado desapercibidas para mí, pues se hallaban á 60 millas, y la frondosidad me las ocultaba con frecuencia; pero los que me habian se-



Escolla de Baker en camino para el Alberto N'yanza.

guido las conocian tan bien como yo, y las mostraban con el dedo á sus compañeros.

Al cabo de cinco dias llegamos á Shua. El pais era seco, y la yerba, aunque corta, de buena calidad. Allí tomamos posesion del campamento que nos habia sido preparado, y aquella noche las negras acudieron en gran número para felicitar á mi mujer por su vuelta y para bailar con tan fausto motivo. Por nuestra parte, para hacer la fiesta mas completa, matamos una vaca y se la regalamos.

Nuestra vivienda consistia en un patio muy espacioso, cuyo suelo estaba compuesto de una mezcla de arcilla y excremento de vaca, y al rededor se extendia una empalizada reforzada con euforbios; en el centro se elevaba un árbol de gran corpulencia, precioso por la estensa sombra que prestaba. A un lado habia muchas cabañas construidas para las necesidades de nuestro servicio, para nuestros intérpretes y comitiva; y al otro, una cabaña de la misma forma, pero un poco mayor y bastante cómoda, nos servia de habitacion. Su techo de paja estaba pintorescamente cubierto con los tallos y las ramas trepadoras de una encurbitácea de color de rosa.

Muchas veces, sentados en nuestro patio, vimos á los indígenas del Madi, en donde está situado Shua, confundirse con los del Lira, distrito abundante en marfil, y descubierto por la partida de Ibrahim á 30 millas de distancia. Los primeros se distinguian por el tubo atravesado en su labio inferior, y por su peinado en forma de gorro, del que salia una cola trenzada con arreglo á la moda que seguia en el Obbo el hijo mayor de Katchiba. Los segundos se arreglaban el pelo de manera que formaba un fieltro espeso que les caia sobre los hombros. Cuando muere un hombre del Lira, su cabellera, cortada y distribuida entre sus amigos, sirve para aumentar la de los que le sobreviven. En las grandes ceremonias esta peluca se adorna con dibujos bastante regulares, ó se espolvorea con una arcilla blanquecina. En semejante estado, un indígena del Lira, da una idea aproximada de lo que seria un abogado inglés, si se le antojase, despues de no conservar de su vestido sino su peluca oficial, hacerse ennegrecer y encerrar el cuerpo de pies á cabeza.

El pais, primitivamente muy fértil, habia sido talado por las guerras que Mohamed-Ouat-el-Mek, teniente de Debono, é Ibrahim, teniente de Curchid, no cesaban de encender y alimentar. Sus intrigas habian sido desconcertadas por unas costumbres muy contrarias á las del Unyoro, porque aquí, aparte de que los caciques tienen muy poco poder sobre sus respectivas tribus, estas se subdividen entre todos los hijos de un cacique, cuando muere. Esta diseminacion del poder y de la poblacion es la causa irremediable de sus disensiones y de su debilidad; por

esta razon, Ibrahim no tuvo reparo en intentar procurarse por la violencia las vacas que le eran precisas para retribuir los servicios de mil portadores que le eran necesarios para hacer llegar su rico cargamento á Gondokoro; pero para recorrer este trayecto eran indispensables por lo menos cuatro vacas. Tales razzias agotaron la paciencia de un animoso cacique del Faloro, llamado Oeurdella, que despues de haber mandado retirar sus rebaños á las montañas, no temió declarar la guerra á Ibrahim: este ejemplo era bastante peligroso para que Mohamed é Ibrahim no conociesen cuán indispensable era castigar al que lo habia dado. Ambos jefes de bandidos olvidaron, pues, sus mútuos agravios, y sus bandas reunidas marcharon de comun acuerdo contra Oeurdella. Pero este habia recibido en otro tiempo como regalos dos carabinas y dos pares de pistolas, y recientemente habia hecho quitar á los árabes cartuchos y cápsulas, y tan terrible uso hizo de ellas, que solo y emboscado detrás de los peñascos, puso en fuga á 300 bandidos, matándoles cinco hombres. Cinco balas bien empleadas por un cacique negro; ¡qué síntoma!

Por lo que á mí respecta, utilicé lo mejor que me fue posible mis forzados ócios de Shua; rectificaba y corregia mis mapas, recorría y estudiaba el pais, impedia las violencias hasta donde podia, y para distraerme ayudaba á mi mujer á criar pobres negritos huérfanos de padres. Algunas veces salia á caza, pero en aquel pais escaseaban las girafas, y no habia otros antílopes que los de la especie de los waterbucks. Los indígenas del Lira me trajeron una asta soberbia de rinoceronte unicornio; no obstante, en las partes de Africa que he recorrido nunca he encontrado sino el rinoceronte negro de dos cuernos, y he hecho un dibujo muy exacto de la cabeza de uno de estos animales, muerto por mí en una cacería. Los individuos pertenecientes á esta variedad son muy terribles, pues he notado que atacan invariablemente á todo enemigo cuyas emanaciones sienten antes de verlo.

En mis correrías venatorias he descubierto dos variedades de algodón, indígenas de este país, una de flor amarilla de pelo muy corto para ser utilizada ventajosamente, y otra de flor encarnada, de hermosa calidad, y que se desprende de su cápsula muy fácilmente. He traído á Inglaterra una muestra de esta especie, que está depositada en la direccion del jardin botánico de Kew.

Otro dia hice un busto del viejo cacique del Lira, en traje de gala. Llevaba entonces sobre su peluca de fieltro un adorno de conchas que le daba de una manera altamente cómica, cierto aspecto de juez inglés.

Entretanto, Ibrahim iba reuniendo poco á poco los 1,000 hombres que necesitaba para trasportar

sus 32,000 libras de marfil, que constituian para Curchid-Agá el valor de 241,000 francos. Ya muchos de estos mozos de carga habian recibido por anticipado el salario de cuatro vacas.

Pero es el caso que por desgracia la mayor parte de ellos llevaba cuerdas al rededor del cuello y la cintura, lo que equivale á decir que iban de luto por las reses que les habian sido arrebatadas, ó por sus padres muertos en la última razzia de los negociantes. Así, en la misma víspera de su partida hallaron un modo fácil de vengarse, huyendo todos juntos y dejando á Ibrahim en gran aprieto. El teniente de Curchid resolvió en vista de esto, encargar á los suyos la custodia de su tesoro, mientras él conducia á Gondokoro un fuerte destacamento, para proveerse de municiones y víveres. Yo nada tenia ya que hacer en Shua; me hallaba, por el hecho mismo de la fortuna allegada por Ibrahim, libre de todo compromiso hacia él, y resolví, por lo tanto, marchar en su compañía á Gondokoro.

Mi mujer y yo nos pusimos en camino, no sin que nos fuese doloroso el haber de alejarnos de los pobres esclavitos á quienes tanto habíamos cuidado, y que lloraban amargamente al separarse de nosotros.

Habíamos vuelto completamente la espalda al Mediodía, y durante muchos dias viajamos por hermosos paisajes, semejantes á jardines, atravesando dos veces el Oun-y-Ainé, que corre entre Shua y el Unyoro, y al fin llegamos al punto en que este afluyente se pierde en el gran Nilo, á los 30° 32' de latitud Norte. En su márgen septentrional á 3 millas de la confluencia, ví el tamarindo que fue el término del viaje del señor Miani, y el límite no traspasado antes que por mí, por ninguno de los viajeros que venian del Norte al Sur. Este árbol tiene el nombre de *Shedder-el-Sonar* (el árbol del viajero), y con tal nombre es conocido entre las caravanas de mercaderes.

Muchos de los que seguian á Ibrahim, así como á Mahomed-Ouat-el-Mek, el teniente de Debono, habian acompañado á Miani hasta allí. Loggo, el intérprete bari, que fielmente me seguia hacia dos años, habia sido tambien intérprete de Miani, y me confesó que obligado por las amenazas de la escolta de su amo á que le engañase, le habia hecho temer un ataque combinado por parte de los indígenas. La gente de Miani, valiéndose de este pretexto, se negó á seguirle á mayor distancia y le puso en la necesidad de retroceder á Gondokoro, lo cual puso fin á su expedicion. Yo contemplaba con cierta emocion aquel árbol, que habia sido, por decirlo así, el límite insuperable de su viaje, y recordando todas las dificultades de este género que me habia sido forzoso vencer, pensando en la amargura que hubiera experimentado, si engañado por las intrigas de mis propios servidores,

me hubiese visto en la necesidad de volver atrás, mientras que mi deber me impelia hacia el Sur, comprendí á fondo la pena que aquel atrevido viajero debió sufrir al grabar amargamente su nombre en la corteza de aquel tamarindo, como para dejar estampado en él el triste recuerdo de su decepcion.

Despues de pagar un justo tributo á la perseverancia que le habia hecho avanzar mas que ningun otro europeo, continuamos nuestro camino por entre verdaderos verjeles naturales y de frondosas praderas, con las cuales formaban hermosos contrastes los tamarindos, cuyo ramaje cobijaba considerable número de palomas, de pecho intensamente amarillo. Subimos luego rápidamente una escarpada montaña por pedregosos senderos. Al llegar á la cima, á 800 pies sobre el Nilo, que se deslizaba á nuestra vista á una distancia próximamente de 2 millas, nos detuvimos para gozar á nuestro placer de aquel grandioso panorama. «¡Hurra por el viejo Nilo! esclamé alborozado, al disfrutar de la escena que á mi vista ofrecia el rio, al salir apenas del seno de su padre el lago Alberto, ostentando toda la grandeza de la mas magestuosa corriente del Africa.

Desde la altura en que nos hallábamos descubrimos una gran estension de agua, á cuyo curso nada se oponia; venia del Oeste Suroeste y corria por un suelo pantanoso. Su anchura, independientemente de las lagunas y los juncos, no bajaba de 400 metros; pero un cálculo exacto de esta anchura era allí, como siempre, muy difícil, á causa del bosque de juncos que avanzaba mucho en los lugares profundos y no interrumpidos del Nilo Blanco. Podíamos distinguir su corriente hasta 20 millas, y trazar con toda precision la línea de las montañas situadas en la orilla occidental, y que habíamos visto á la distancia de 60 millas, en el camino de Karuma á Shua; ya habíamos descubierto desde Megundo el principio de aquella cordillera limítrofe del Koshi. El pais opuesto al punto en que entonces nos hallábamos era precisamente el Koshi, que ciñendo la orilla occidental del Nilo, se estiende hasta el lago Alberto. El distrito que á la sazón ocupábamos era el Madi, que se estiende á lo largo de la orilla oriental del Nilo Victoria (ó Somerset), desde el ángulo formado por el Nilo y el lago Alberto. Ya en Magungo habíamos visto estos dos paisajes, al descubrir el punto exacto en que el Nilo sale del lago como una simple modificacion de su vasta superficie, hasta que se pierde en un valle interminable de juncos gigantescos.

Desde Magungo, situado á los 2° 16' de latitud, mi vista se extendia á lo lejos hacia el Norte, bajando la corriente del rio. Hoy, encontrándome á 3° 34' de latitud, subo con la mirada en la direccion del Sur, de manera que casi enlazo la línea á que alcanza mi rayo visual desde lo alto de mi primer obser-